



El Fausto

(Traducción de J. González Alonso)

Acabo de volver a leer el *Fausto*. ¡Ay! Todos los años se vuelve a apoderar de mi vida inquieta ese sombrío personaje. Es el tipo angustioso hacia el cual gravita, y, cada vez más, encuentro en este poema palabras que van derecho a mi corazón. ¡Tipo inmortal, malhechor y maldito! Espectro de mi conciencia, fantasma de mi tormento, imagen de los combates incesantes del alma que no ha encontrado su alimento, su paz y su fe, ¿no eres el ejemplo de una vida que se devora a sí misma porque no ha vuelto a encontrar su Dios y que, en su errante carrera a través de los mundos, lleva en sí, como un cometa, el incendio inextinguible del deseo y el suplicio del incurable desencanto? Yo también me encuentro reducido a la nada y me estremezco al borde de los grandes abismos vacíos de mi ser interior, oprimido por la nostalgia de lo desconocido, sediento de lo infinito, abatido ante lo inefable. Yo también experimento a las veces esas rabias sordas de la vida, esos raptos desesperados hacia la dicha; pero con mucha más frecuencia el aplanamiento completo y la taciturna desesperación. Y ¿de dónde viene todo ésto? De la duda, del pensamiento, de sí mismo, de los hombres y de la vida; de la vida que enerva el querer y quita el poder, que hace que se olvide a Dios y se descuide la oración y el deber; de la duda inquieta y corrosiva, que hace imposible la existencia y sonríe desdeñosamente ante la esperanza.

FEDERICO AMIEL,

LA MARQUESA ROSALINDA

PARA espiar detrás del seto
la luna sus cuernos me brinda,
y he de contaros el secreto
de la Marquesa Rosalinda.

*

Ya espera el carro de la farsa
ante la verja del jardín,
porque yo formo en la comparsa
de Colombina y de Arlequín.

Soy el poeta que el tablado
puebla de amores y de mofas;
por serviros tejo el tramado
de la Comedia, en mis estrofas.

Coronen las rosas las liras:
amantes, Reyes y Poetas
tejamos las bellas mentiras
con el ritmo de las piruetas.

Las rosas nos vengan de Galia,
las nieblas del lado del Rhin,
la luz de los mitos de Italia,
y de Sevilla un bailarín.

Como en la gaita del galaico
pastor, de la orilla del Miño,
salte la gracia del trocaico
verso ligero como un niño.

Mezcle su risa Colombina
a los sollozos de Pierrot
en una farsa peregrina,
con un compás de Adriana Angot.

Y la pavana señorial
mezcle su ritmo, al ritmo joven
lleno de gracia pastoril,
que tuvo el clave de Beethoven.

Cuando la tarde azul moría,
oí un suspiro en la glorieta:
dudé al oírlo, si sería
de una mujer o de un poeta.

- 82 -

Punteaba sus cuernos la luna
sobre la fronda del jardín,
y al reflejarse en la laguna
hacia un llamado a Lohengrín.

Acicalaba su plumaje
con el pico, el cisne de Leda;
se abría a las auras el follaje
como una túnica de seda.

Sobre la onda que gemía
daba el ocaso su arrebol
y el cisne en el pico tenía
la sangre sagrada del sol.

Pasó la Marquesa . . . Soñaba
toda llorosa, blanca y bella,
una luciérnaga llevaba
en la falda, como una estrella.

Por el sendero la vestía
la luna, de niebla y armiños,
y la luciérnaga seguía
en su falda, haciéndome guiños.

¿Era el joyel de algún poeta?
¿Era el cintillo de algún paje?
¿Se lo ha prendido en la glorieta
o fué al cruzar bajo el follaje?

Enlazaré las rosas frescas
con que se viste el vaudeville,
y las rimas funambulescas
a la manera de Banville.

Olor de rosa y de manzana
tendrán más versos a la vez,
como una farsa cortesana
de Versailles o de Aranjuez.

Cuando en dorados abanicos
y en esmaltadas tabaqueras,
gentiles pajes con pellicos
hacían danzar a las vaqueras.

Con las espumas del champaña
y las malicias de sus crónicas,
Francia proyecta sobre España
las grandes narices borbónicas.

Versalles pone sus empaques,
Aranjuez su claro estelar,
y un grotesco de miriñaques
las estampas de Fragonar.

¡Oh, la historia dieciochesca,
en la glorieta de un jardín,
qué epitalámica y faunesca
es en las frondas camarín!

Por bien contarla, cascabeles
he de ponerme de payaso,
y en mis estrofas los caireles
de una falda de medio-paso.

La furtiva silueta blonda,
argenta la celeste hoz,
finge marquesa de la Fronda
cubierta de polvos de arroz.

Envuelta en el halo quimérico
que da la luna metafórica,
arrastra un prestigio exotérico,
como una figura alegórica.

Cruza el jardín con leve pie,
la mano deshoja una flor
con la gracia de una musmé
sobre el celaje de un tabor.

Un grillo temple el violín,
un sapo preludia en su flauta,
y en la penumbra del jardín
interroga el cisne argonauta.

Interroga el cuello de plata
en los rieles de la luna,
mientras vuela la serenata
sobre el cristal de la laguna.

¡Las rosas coronen las liras,
el más alegre es el más fuerte:
tejamos las bellas mentiras
sobre la angustia de la muerte!

Ha dado un golpe el violoncelo
caló el monóculo el Marqués,
los abanicos hacen vuelo,
se oye el ras de los guarda-piés...

*

Para espiar detrás del seto
la luna sus cuernos me brinda,
y he de contaros el secreto
de la Marquesa Rosalinda.

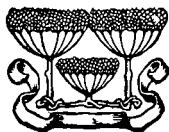
RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.

Los tesoros del mar

No los busquéis, no son para vosotros,
¡oh miserables codiciosos vivos!
Dejadlos en el fondo de los mares,
en la obscura sentina
de los buques hundidos para siempre.
Son los tesoros de los muertos. Nunca
saldrán de entre las aguas
para brillar al sol.
Allá, en lo más profundo del océano,
donde viven los grandes peces ciegos,
donde los blancos esqueletos velan
en actitudes rígidas y extrañas,
donde siempre es de noche,
donde las flotas sumergidas duermen,
en los hinchados vientres de las naves
se esconden los tesoros de los siglos,
fabulosos y eternos:
los tesoros del mar.

A veces en la calma y el silencio
de transparentes noches tropicales
los timoneles soñolientos sueñan
escuchar el murmullo
de voces cristalinas y lejanas,
el rumor misterioso
de metales que suenan
como claras campanas sumergidas.
Son las blancas sirenas vagabundas
que cuentan con sus dedos espectrales,
bajo el fijo mirar de los ahogados,
los tesoros del mar . . .

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.



Episodio del conde Ugolino

(EL CONDE UGOLINO MURIÓ DE HAMBRE, PRESO CON SUS CUATRO HIJOS EN UNA TORRE. DANTE RELATA EL EPISODIO EN EL CANTO XXXIII DE SU INFIERNO. LA TRADUCCIÓN DA UNA PÁLIDA IDEA DE LA TERRIBLE ENERGÍA DEL ORIGINAL).



Algo retiradas de ésta vimos otras dos sombras, heladas igualmente. La cabeza de una estaba sobre la de la otra. Y a imitación del hambriento del pan, clavó el de abajo sus dientes en el otro, en el sitio donde el cerebro se junta a la nuca. —¡Ah, tú—exclamé, que denotas tan claramente el odio contra la víctima que devoras, dime qué motivo te impulsa!

El pecador apartó su boca del horrible alimento, y secándola en los propios cabellos de la cabeza que le había servido de comida, me dijo así:

—¿Quieres que acibare mi pena con el nuevo recuerdo que me llena de angustia, sólo al pensar que he de hablar de él? Más si mis palabras pueden ser germen de baldón e infamia para el traidor que devoro, a un tiempo hablaré y sollozaré. Ni sé quién eres ni cómo has podido llegar aquí; pero en tu acento entreveo que eres florentino. Ante todo, sabe que soy el conde Ugolino y éste el arzobispo Ruggieri. Ya te diré el por qué de mi crueldad con mi vecino. Creo inútil decirte que por su perfidia me ví preso y condenado; lo que ignorarás será la crueldad de mi muerte; pero te la referiré y verás si debo odiarle. Una pequeñísima abertura practicada en la torre, que desde mi suplicio tomó el nombre de Torre del Hambre, en la que todavía estarán sufriendo otros muchos, me había indicado ya por su rendija la venida de varios días, cuando tuve un sueño que rasgó el velo de mi porvenir... Mal corazón tendrás si no te apena ya la idea de lo que entonces sufrió mi alma; y si esto no te conmueve ¿qué podrá conmoverte?

...Despiertos ya, y cercana la hora del alimento, cada uno dudaba por influencia de su sueño. Yo percibí el ruido al cerrarse las puertas de la horri-

ble torre y me limité a contemplar a mis hijos sin articular palabra. Mis hijos iban secándose a medida que la indiferencia helaba mi corazón. Sin cesar gemían, y al observar mi pequeño Anselmo el estado de mi ser, me dijo:—*Padre mío, ¿qué te pasa para mirarnos así?* Empero ni lloré, ni respondí en aquel día, ni en toda la noche, hasta que se alzó otro sol en el Oriente. Al penetrar uno de sus más ténues rayos en la cárcel del dolor, ví en cuatro fisonomías el retrato de lo que debía ser la mía; entonces, en mi desesperación, empecé a mordirme las manos, y mis hijos, creyendo que lo hacía impulsado por el hambre, se incorporaron diciéndome:—*Padre, si quieres amen- guar nuestro horrible dolor, cómenos; tú que nos cubriste de esta mísera carne, despójanos de ella.* Hice por calmarme para no acibarar más su pena, y permanecemos mudos aquel día y los que siguieron. ¡Oh tierra cruel, por qué no nos tragaste!

El cuarto día, Gaddo se arrojó a mis plantas y me dijo:—*¡Padre mío, por qué vienes en mi socorro?* Y en aquella postura y sin poder moverse más, falleció; los otros tres murieron el quinto y el sexto día. Ciego ya, a tientas, fuí a abrazarlos dos días después; luego, el hambre tuvo más fuerza que el dolor....»

Cuando acabó de hablarme de esta suerte, con ceño torvo se volvió a agarrar al cráneo miserable, en el que sus dientes, como los de un lobo furioso, penetraban hasta los tuétanos....

DANTE ALIGHIERI.



SILENTER

En mármoles pentélicos, en bloques de obsidiana
o en bronces de Corinto esculpe tu presea,
el orto de Afrodita, el triunfo de Frinea,
o un lance cinegético de las ninfas de Diana.

No importa que ante el símbolo de tu visión pagana
se abata o regocije la turba que vocea;
dales forma a tus ansias, cristaliza tu idea,
y aguarda altivamente una aurora lejana.

Que un sagrado silencio del bullicio te aparte;
enciérrate en los muros del recinto del arte
y tu ideal repule titánico o pequeño;

sírvate la belleza de coraza y escudo,
y sordo ante el aplauso y ante la befa mudo,
envuélvete en la nube prestigiosa del sueño.

ENRIQUE GONZALEZ MARTÍNEZ



Endecha

Callada noche de amor
en cuita de almas propensas
que une las manos intensas
con un remoto temblor.

Soledad de la ventura
donde el aire rumoroso
sensibiliza un reposo
de jardín y de agua obscura;

hasta parecer que al fin,
nuestra emoción taciturna,
se dilata en la nocturna
palpitación del jardín.

Como en una onda de tul
nuestra quimera remonta,
y la noche nos apronta
su profundo lecho azul.

Melancólico cantar
parece que se enajena
con la anticipada pena
de lo que no ha de durar.

Y en la fútil muselina,
tu brazo delgado y fresco
a mi dolor gigantesco
muy íntimo se avecina.

Mi inquietud palpa en tu anillo
no sé que vaga certeza
para tu delicadeza
de amoroso huevecillo.

Y en las estrellas perdida,
adivino que persiste
tu mirada oscura y triste
porque contiene mi vida.

Así en tu ensueño estelar
como en un luto hondo y bello
pone un romántico sello
la nobleza de penar.

Tu amor en la poesía
de tus ojos está expreso
tan fielmente, que por eso
se vuelve melancolía;

pues si el beso da un encanto
genuino a los labios rojos,
es condición de los ojos
la debilidad del llanto.

A mí te acoges mimosa,
con la ternura infinita
de ser sólo una cosita
pequeñita y deliciosa.

Tu seno que dócil late
en tu blusa conveniente,
calma con gracia inocente
el fervor de mi combate.

Y al amor de un madrigal,
te llamo, entre dulces bromas,
Suavidad de Cuatro Aromas,
como en un cuento oriental.

Mas ese instante divino
que vive tu juventud,
lleva en tu misma quietud
la congoja del destino.

Cáda murmullo de viento
me dice en soplo de muerte,
que cerca estoy de perderte
cuando más mía te siento.

Qué graves son las quimeras,
qué breves las alegrías,
oh Suave que morirías,
oh mi Triste, si supieras. . . .

Cón temeroso recelo
en cada vuelo lejano
creo advertir una mano
que te llama desde el cielo.

Si en la noche desolada
profundo sueño te mece,
qué lóbrego me parece
tu cabello en la almohada.

Y mi alma, de amor transida,
goza más con estar cierta,
que nunca sabrás despierta
lo que te quiero dormida.

Ya sobre el jardín sombrío,
de primavera encantado,
el firmamento ha virado
como un profundo navío.

En el follaje escondida,
una estrella grande y clara,
parece que nos ampara
lejos del mundo y la vida.

Con análogo esplendor
que en luz duplica sus huellas,
tiembla, llorado de estrellas,
el cielo de nuestro amor.

En lo hondo de nuestro ser
la quimera se encapricha,
y es más dulce que la dicha
la tristeza de querer.

LEOPOLDO LUGONES.

Lo desconocido

Soy el agua y el viento que mueren en tus muros,
las lágrimas de todos los ojos que har, llorado,
los suspiros que vuelan de los labios futuros,
del amor he nacido y el dolor me ha creado.

Soy recuerdo de algo que surge del olvido,
fugaz presentimiento de próximas torturas. . . .
Mi alma es hecha del polvo de las almas que han sido
y encierra en sí los gérmenes de las almas futuras.

Mi voz es sólo un eco de otras voces perdidas.
Voces que aun no surgieron y voces que han pasado.
Mi vida es como un puente tendido hacia otras vidas
sobre el profundo abismo del tiempo ilimitado.

Por más que de mí huyes, por más que de tí huyo,
acabaremos juntos rodando en el vacío. . . .
¡Hay algo en mí que en otros tiempos ha sido tuyo
y algo en tí que en otros tiempos ha sido mío!

Será cuna y sepulcro la eternidad sombría. . . .
Somos como dos notas postreras de un salterio
que se confunden para formar una armonía. . . .
¡Dos esfinges gemelas custodiando un Misterio!

FRANCISCO VILLAESPESA.



Romanza melancólica

Son las cuatro de la tarde de un día tórrido. El cielo es de un azul profundo y la atmósfera de una claridad extraordinaria. Frente a mi cuarto, calle de por medio, hay una casa de dos pisos, siempre cerrada, hermética y silenciosa, en el fondo de un jardín antiguo.

Todos los días, a esta hora, suena una misma música en el segundo piso de esa casa extraña. El piano se queja de una manera monótona y dolorosa. Suena siempre la misma melodía: una música que es de duelo y de nostalgia, que da fatiga, que da cansancio, y que, sin embargo, quisiera uno que nunca terminara.

Desde la mesa en que escribo oigo el ritmo de ese piano pulsado por una mano misteriosa, que yo me imagino de una mujer muy joven, muy blanca, muy grácil: de una mujer que sabe lo que es el sufrimiento, y a quien no he de ver jamás. . . .

. . . Termina la música. Voy a la ventana y miro la casa, como siempre, cerrada; como si nadie viviera en ella, como si sólo viviera en ella un fantasma. . . . El fantasma de una virgen que murió de amor y que hace gemir el piano con una melancólica melodía de ultratumba, con una melodía lenta y amarga, honda y triste, como un gran dolor sin esperanza. . . .

FROYLÁN TURCIOS.

Río de Janeiro.



anto espiritual

(Versión de Alfons Maseras)

Si el mundo es ya tan bello: si se mira,
Señor, de vuestra paz los ojos llenos,
¿qué más, en la otra vida podéis darnos?

Por eso tan celoso de mis ojos
y de mi rostro estoy, y de mi cuerpo,
Señor, y de ese corazón latente
que de él inseparable me habéis dado. . . .
¡Tanto temor, así, tengo a la muerte!

¿Pues con qué otros sentidos podré verlos
este azul de los cielos que se ríerne
sobre los montes y este mar inmenso
y este sol que fulgura en todas partes?
Dadme en estos sentidos paz eterna
y no querré otro cielo que ese cielo.

No sé por qué, Señor, aquél que nunca
dijo al instante que pasaba: — ¡Párate!,
sólo lo dijo al de su muerte misma.
No comprendo, Señor. ¡Yo que quisiera
tantos momentos sujetar al día
para en mi corazón eternizarlos!
¿Es que este *eternizar* es ya la muerte?
Entonces, pues, la vida, ¿qué sería?

- 902 -

¿Sería, acaso, solamente, sombra
del instante que pasa? ¿La apariencia
de todo lo lejano y lo cercano?
¿Acaso fuera engañoso resumen
de lo poco, lo mucho o demasiado?
¿Todo lo de este mundo no es ya *todo*?

¡Lo mismo da! Sea como ello sea
—esta tierra tan vasta y tan diversa,—
tan temporal, con lo que en ella vive
es mi patria, Señor. ¿Y-no podría
ser también una patria celestial?
Hombre soy y es humana mi medida
de creer y de esperar; si se detienen,
Señor, aquí, mi fe y mis esperanzas,
¿me inculparéis por ello en otra vida?

Más allá veo el cielo y las estrellas
y hombre quisiera ser aun allí mismo.
Si a mis ojos las cosas habéis hecho
tan llenas de hermosura y mis sentidos
creado habéis, Señor, sólo por ellas,
¿por qué cerrarlos y buscar el *como*?
No hay otro, para mí, como este mundo.
Ya sé que soís, Señor, más ¿dónde, dónde?
¿Quién saberlo podrá? Cuanto en mí veo,
y junto a mí, de Vos es sólo imagen.
Dejadme, pues, creer que sois aquí.
Y al llegar el momento tan temido
en que se cerrarán estos mis ojos,
abridme otros, Señor, otros más grandes
para ver vuestra faz resplandeciente.
¡Séame así la muerte mayor vida!

JOAN MARAGALL.



El resplandor de Venecia

¿Ciudad de mármol, he dicho? No: más bien es una ciudad de oro empedrada de esmeraldas. Porque, en verdad, cada pináculo y cada torrecilla brillaban y ardían cargados de oro o repujados de jaspe.—Debajo, respiraba la mar inmaculada, en remolinos de olas verdes. Profundos, majestuosos, tan terribles como el mar, los hombres de Venecia

se movían en el imperio del poder y de la guerra. Sus madres y sus hijas, tan puras como los pilares de alabastro, permanecían erguidas: nobles en todo, de los pies a la frente, pasaban sus caballeros. El resplandor obscuro bronceado de la armadura tomada por el mar, surgía como una amenaza, bajo los pliegues de sus capas de color de sangre. Impasible, fiel, paciente, implacable, hallábase en sesión su Senado—cada palabra del cual era un decreto del destino.—Con su esperanza y con su honor, yacían sus muertos, mecidos por el flujo de las olas en derredor de sus islas de arena sagrada, cada uno con su nombre escrito y una cruz grabada a su lado. Era aquél un maravilloso fragmento del mundo. O, más bien, era un mundo. Extendíase a lo largo del frente de las aguas y, por la tarde, cuando los capitanes de buques lo divisaban desde sus mástiles, creyérase que era una faja estrecha del sol poniente, estrecha pero imborrable. De no existir el poderío de esa ciudad, les parecería que encaminaban sus velas a la extensión del cielo y que éste era un gran planeta cuya orilla oriental se ensanchaba a través del éter. Un mundo del que estaban desterrados todos los cuidados vulgares y las ideas mezquinas, con todos los elementos pobres y comunes de la vida. No había tacha ni tumulto alguno en aquellas calles cuyo nivel se elevaba y descendía bajo la luna; todo era música cadenciosa de majestuosas ondulaciones o penetrante silencio. Ninguna débil pared podría construirse en ellas, ninguna cabaña pequeña, ningún cobertizo de paja: únicamente la solidez de la roca y la delicada variedad de las piedras más preciosas y, a todo el derredor, tan lejos como podía alcanzar la vista, distinguíase aún el dulce balanceo de las aguas, que ostentaban orgullosas su pureza; en las brillantes llanuras no podía crecer ninguna flor; mas tampoco ningún cardo. El poder etéreo de los Alpes se desvanecía en una serie de alturas más allá de la ribera torceliana. Las islas azules de las colinas de Padua respondían allí, en el Sudoeste dorado. A más de ésto, vientos desencadenados y nubes de fuego que corrían a donde querían, un esplendor procedente del Norte y una suavidad del Sur, y las estrellas de la noche y de la mañana pálidas en la luz sin límites de la bóveda celeste y del círculo de los mares. Tal fué la escuela de Giorgione, tal fué la morada del Ticiano.

JOHN RUSKIN.

Bohemia

Aun hay *bohemos*; aun hay quien quiera ser *bohémio*. . . . Y el mote, que, en labios del burgués espeso y acorazado de farisaísmo, equívale a una descalificación, bien puede ser recogido y reivindicado por los muchachos entusiastas a cuya cabeza sube la savia que estalla en las primeras flores: a manera de aquel otro calificativo, originariamente injurioso, de los *gueux*, que levantado del suelo por los flamencos de Guillermo de Orange, llegó a quedar como el nombre vibrante y altanero de los gallardos revoltosos de la Libertad.

Haya, pues, *bohemos*, y sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie-de-la-letra. Entiendan y perdonarán. *Bohémio* no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. *Bohémio* es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese *embujamiento interior* que, en tiempos de acción y de heroísmo, empujaba a las aventuras y las cruzadas; pero que, en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias que, aun en los casos en que son desatinadas e injustas permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



Nocturno VI

No sé qué me ha herido,
pero vengo triste, cansado y cobarde;
no veo mi herida, debe estar muy honda, porque
mis suspiros
traen y me dejan en los secos labios un sabor de san-
gre . . .

Muy allá en el fondo de mí se me anublan
unas soledades
Muy allá en el fondo me llora una pena
descreída y vaga,
y un odio me ruge,
y hay una borrasca
sobre un mar oscuro que no sentí nunca;
y una luz de oro que yo no sabía que en mí radiaba,
muy allá en el fondo,
muy allá se apaga:
más allá del ritmo de mis pensamientos,
más allá del alma

¡Corazón oculto!
Joyel rojo y vivo de fulgentes lágrimas,
cofre de recuerdos de besos: rubies;
cofre en que han vertido todas las nostalgias
sus lunares ópalos;
donde los carbunclos del Deseo prenden
sus diabólicos ojos de sangre inflamada;
en donde ha granado la Ilusión zafiros,
la Gloria solares topacios,
y donde han llorado su lloro esmeralda
los ojos marinos
de las Esperanzas;
corazón oculto,
joyel rojo y vivo: ¡tus joyas se empañan!

No sé qué me ha herido
Muy allá muy dentro de mí, la tristeza
se arrastra y aúlla su cubil buscando
como herida fiera;
muy allá muy dentro
soy como una tierra
que aguarda un cadáver;
muy allá soy noche, sollozante nada;
muy allá me escucho llorar a mí mismo,
muy allá en el fondo la herida desangra
Desangra
¡más allá del ritmo de mis pensamientos,
más allá del alma!

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Las ventanas

UNA de las cosas más tristes en las casas desiertas son las ventanas. Cerradas de día, dan la impresión de muerte, de algo que debe estarse ahogando dentro de las oscuras habitaciones; abiertas, son como grandes órbitas de ojos que se hubiesen quedado ciegos, porque una ventana no vive más que por la promesa del rostro que se puede asomar a ella; mirada desde fuera es como un marco que está esperando siempre su pintura; ahora están para siempre los marcos vacíos, y ni el recuerdo de una buena sonrisa consiente en asomarse a ellos. ¿Quién no sueña mirando a unas ventanas? Si conocidas, dentro está el tesoro; si desconocidas, dentro está la ilusión.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.



Tendí a la vida...

Tendí a la vida, como si fuese algún mendigo la palma de mi mano, y le dije:—Sé afile.
¡Que tu ignorada lengua en leche y miel me hable
y que tu mano avara me deje un don de trigo!

Por la limosna tuya hace tiempo que yerro,
y peor que el de un ciego es mi propio destino:
pues mi báculo busca en la tierra el camino
y a un Infinito mudo va ladrando mi perro

Pon algo entre mis dedos, déjame algún presente:
con tu limosna quiero hacerme transparente
y a fuerza de sencillo oler a sementera.

Y has de lograrlo todo abriendo en mí una vía
que mire hacia las cosas que beatifica el día
y por la cual mis pasos sientan la Primavera.

ROBERTO BARRIOS,

Fides

No te resignes antes de perder
definitiva, irrevocablemente
la batalla que libras. Lucha erguido
y sin contar la enemigas huestes.
¡Mientras veas resquicios de esperanza
no te rindas! La suerte
gusta de acumular los imposibles
para vencerlos en conjunto, siempre
con el fatal y misterioso golpe
de su maza de Hércules

¿Sabes tú si el instante
en que, ya fatigado, desesperes,
es justo aquel que a la definitiva
realización de tu ideal precede?

Quien alienta una fe tenaz, al hado
más torvo compromete
en su favor. EL SINO a la fe sólo
es vulnerable y resistir no puede.
La fe otorga el divino privilegio
de la CASUALIDAD, a quien la tiene
en grado heroico.

Cuando las tinieblas
y los espectros y los trasgos lleguen
a inspirarte pavor, ¡cierra los ojos,
embraza tu fe toda y arremete!
¡Verás cómo los monstruos más horribles,
al embestirlos tú se desvanecen!
Cuanto se opone a los designios puros
del hombre, es irreal; tan sólo tiene
la imaginaria vida
que le dan nuestro miedo y nuestra fiebre.
Dios quiso en su bondad que los obstáculos
para aguzar las armas nos sirviesen;
quiso que el imposible
estuvieran no más para vencerle,
¡cómo está la barrera en los hipódromos,
a fin de que la salten los corceles!
¡Búrlate, pues, de cuanto en el camino
tu altivo impulso detener pretende!
¡No cedas ni a los hombres ni a los ángeles!
(Con un ángel luchó Jacob, inerme,
por el espacio entero de una noche,

.... y el ángel le bendijo, complaciéndose
en la suprema audacia del mancebo,
a quien llamó Israel, porque era FUERTE
CONTRA DIOS.....)

¡Ama mucho: el que ama embota
hasta los aguijones de la muerte!

Que tu fe trace un círculo de fuego
entre tu alma y los monstruos que la cerquen,
y si es mucho el horror de los fantasmas
que ves, cierra los ojos y arremete!

AMADO NERVO.



Plenilunio

En la célica alcoba reinaba
un silencio de rosas dormidas,
de tímidas ansias, de ruegos callados,
de nidos sin aves, de iglesias en ruinas;
más de pronto se siente que salta,
que salta agitado, que llama o palpita,
el vital corazón de una virgen:
¡campana de fuego que al goce convida!

En su lecho de escarchas de seda,
cual cisne entre espumas, la virgen dormía:
eran alas de su ángel custodio
los leves encajes de la alba cortina.
En su boca entreabierta mostraba
una hermosa y extraña sonrisa
que la noche anterior en sus labios,
pensando en un rezo, quedóse dormida.

Mírela y de pronto quedeme extasiado,
admirando sus formas benditas,
y sus senos: las cúpulas blancas
del templo de carne de Santa Afrodita.
—¡Besadla, Poeta, me dijo mi Musa,
panal es su boca, bebed ambrosias,
y sea la lengua de ardientes rubíes
la hostia de fuego de su eucaristía!

Su frente tan blanca, tan pálida y tersa,
semejaba la página nivea
en que Psiquis pintaba sus sueños
con sangre nevada de rosas lascivas. . . .
Yo miraba en sus curvas ojeras
las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
las manchas sensuales, los arcos de gloria
que adornan la eterna ciudad de la Vida!

Mi Musa me dijo:-Pedidle a Cupido
su flecha de fuego, su flecha divina:
en el cuerpo sensual de la virgen
hay dos aves muy blancas dormidas.
Oh, Poeta, la virgen os llama,
que sea su cuerpo la lúbrica lira:
los ritmos más dulces los tiene su boca,
su aliento es un verso de blanda armonía.

¡Oh luna de amores! Fogoso y brillante
radiaba en la noche de sedas bruñidas,
en el bosque de sombra, aromado,
que el negro cabello tendido esparcía,
semejando la Venus de fuego,
esa reina de crencha encendida,
que es fúlgido faro en el mar de las noches,
y blanca azucena en la frente del día.

Acerqueme temblando: la virgen
ostentaba la misma sonrisa
que es novia del beso y hermana del llanto,
que es pena y reproche, palabra y caricia;
ostentaba las mismas ojeras:
las sendas que atraen, las sendas prohibidas,
las manchas sensuales, los arcos de gloria
que adornan la eterna ciudad de la Vida!

¡Gran Dios! ¡Ya eran ríos de vino mis venas,
serpientes mis brazos, serpientes mordidas;
mi fatal corazón se agitaba
cual fiera convulsa sintiéndose herida!
Y, ¡oh solemne momento, oh milagro!
Apenas la virgen despierta y me mira,
la fiera y las sierpes quedaron exánimes. . . .
¡Y sólo un arcángel sus alas batía!

JULIO HERRERA Y REISSIG.

EL DOCTOR DEL ÉXTASIS

Para ESFINGE.

Tu amicus venis,—clamaba el asceta en la dulzura crepuscular del silencio. Agustín Márquez, hombre mísero, doctor en el éxtasis, criatura mortal, se daba azotes desde el alba y largas horas permanecía de rodillas ante el Cristo de las llagas innumerables.

Asomado a la ventana de su celda, aquella vez se embelesaba contemplando el firmamento de amatistas. En la tierra temblaba un rosal, bajo el llanto bendito de la noche. Y en el reloj del convento se morían las horas...

Se retiró el hermano portero y fué a la celda del Padre Agustín para entregar las llaves.

—¡Cuán hermosa la noche! ¡Y qué fría y azul!—
—soñaba el distraído.—Ponga las llaves en la mesa...

A la mañana siguiente, el portero volvió a recogerlas, y el Padre Agustín seguía contemplando los cielos y besando la mano del Señor. Toda la noche cayó granizo en los alrededores del convento; en los estanques el agua se había congelado; los rosales desfallecían en un viento de santidad y de la tierra se levantaba la neblina.

—Buenos días, Padre Maestro,—exclamó el portero.—¡Alabado sea el Señor!

—Ya le dije que dejara las llaves en la mesa, —contestó el contemplativo.

Y saliendo de la celda, el hermano se persignó con miedo, como si aquel astrónomo de los observatorios que no son de este mundo, estuviera loco de tanto besar la mano que exponía en el estuche abierto del cielo las amatistas de color de silencio, de amor y de pensar.

RAFAEL HELIODORO VALLE.



Tejed en guirnaldas las rosas bellas

La ruta es negra y breve. . . .Medita, peregrino
que ambulas en los antros dantescos de las penas,
sobre la voz fanida del dístico leonino,
y deja que en sus grupas te lleven las sirenas.

Ten matinal la risa y ten alegre el vino
para que grato encienda la sangre de tus venas.
Los néctares del beso te harán casi divino
cuando en tu boca estallen como las uvas plenas.

La ruta es negra. . . .Rasga los tenebrosos duelos
que apagan la infinita sonrisa de los cielos.
Y sécate las lágrimas amargas y furtivas.

La ruta es breve. . . .Tiende las manos presurosas
y ciñe, con guirnaldas de entretejidas rosas,
los cuellos de las horas que pasan fugitivas.

RAFAEL LÓPEZ.



La débil voz

La plata esparcida por entre la negra cabellera
y la frente surcada y un tenue velo ante las pupilas
no constituirían para el alma tortura alguna si al
declinar la vida surgiese al lado nuestro un florecido
vástago. ¡Un niño! ¡Oh fúlgida, invocada luz de
ternura! ¡Oh deseo, oh nostalgia eterna de mi lan-
guideciente juventud! ¡Sofocado lamento, que hoy
siento brotar irrefrenable desde lo profundo de mi
ser! ¡Ante los ojos, cansados de mirar en el sueño,
siempre, siempre vuelves, amado mío, hijo de mi
corazón! Me miras: y tus negros ojos son los míos.
Sonríes: y tu boca triste también es la mía. La
cabeza sobre tu hombro inclinó y abrazada a tí,
calladamente, por tí, niño querido, por tí alzo mi
plegaria. ¿Qué importa que las rosas caigan de mi
frente? ¿Qué importa si tus puros labios son más
frescos que las rosas frescas, y buscan, para borrar-
la, toda huella de llanto en mi rostro? Caminar así
desearía hacia la paz del inminente crepúsculo de
mi vida, guiada por la mano de mi resucitada pri-
mavera, y oír la palabra bendita que toda mancha
funde como llama celestial; la débil voz que bal-
bucea: ¡Mamá!

CLEMENTINA LAURA MAIOCCHI.

La vara absurda

A Froylán Cureios.

¡CÓMO! ¿En balanza farmacéutica
Pesáis el mérito eminente?
Dejad bisturí y hermenéutica.
En el mármol se quiebra el diente.

Aplicad vuestras matemáticas
y medidas de Bien y Mal,
á romas virtudes asmáticas,
untuosa delicia social.

Que al genio lo juzgan sus pares,
los que absuelven, justicia extraña,
por su tempestad a los mares
y por su sombra á la montaña.

RUFINO BLANCO-FOMBONA.



Ilusión

Bajo el risueño azul, en el ambiente
sutil y arrullador de la mañana,
flexible, linda, vaporosa, ufana,
te acercas hacia el chorro de la fuente.

Te imagino una flor, te ve mi mente
una flor tan aérea, tan liviana
que el débil hilo, que del cerro mana,
podría arrebatarla en su corriente.

Cree verla caer al torbellino
de las agus, rodar sobre la arena
que hace lecho del chorro diamantino.

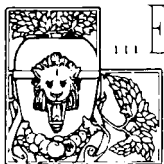
Por cogerla, lo brazos tiendo aprisa;
mas entonces sonora y ágil suena
desvaneciendo mi ilusión, tu risa.

LUIS NAVARRO NEYRA

- 913 -

MI MADRE

(Página de EL VAMPIRO)



... ERA muy blanca, muy dulce, muy tímida; con una de esas indecisas beldades pálidas y melancólicas, que parece que surgieran de las bóvedas nemorosas de los claustros o de la húmeda penumbra, saturada de incienso, de las viejas catedrales. Usaba grandes aros de oro en las orejas de nácar y sortijas de rubíes en ambas manos, suaves como una flor. Tenía los ojos aterciopelados y la boca infantil y graciosa. Su frente parecía de alabastro, y sus cabellos cortos, de un castaño casi negro, formaban sobre su nuca ricitos oscuros que yo gustaba de enredar entre mis dedos. De mediana estatura, su andar era lánguido y muy lento: su voz, débil y velada, llegaba siempre a mis oídos como una música. Su alma encantadora y soñadora, errante e indecisa, era como un lirio ilusorio, purísima y piadosa.

... Cuando yo cometía alguna leve falta, en vez de castigarme, atraíame dulcemente sobre su seno; y yo me adormecía en él, aspirando su tenue perfume de estoraque, como el de los ropajes de las santas.

FROYLAN TURCIOS.



Adaptarse

SUFRE el hombre en la vida que declina hacia la muerte, y sus sufrimientos los acumula en sí y los multiplica la humanidad en una sola vida de siglos.

Invocado como supremo anhelo de tregua y reposo, se revela el bien a los que sufren, en contraste y lucha continuos con el mal. La razón enseña con el ejemplo de la diaria experiencia, que en esta lucha desigual la mayor victoria representa sólo la equivalencia de estas dos fuerzas, y que ni aun en esta difícil condición de equilibrio se alcanzan la tregua y el reposo. Pero la esperanza, que es el estímulo de la lucha, infunde cada día y a cada hora nuevos alientos y nueva fe al alma sacrificada; y en el sentimiento de su inadaptabilidad al dolor encuentra y secunda el íntimo secreto de una aspiración infinita.

ERNESTO RENÁN.